

Franco Vaccarini
Grupo Periplos
Mario Méndez

Patagonia, tres viajes al misterio

Ilustraciones de Valeria Arias



Prólogo

¿Por qué *Patagonia, tres viajes al misterio*? Porque la Patagonia sigue siendo un territorio extraño. Porque hay muchos rincones aún jamás recorridos por los hombres, y una infinidad más a medio conocer. Porque fósiles que datan de millones de años están tan al alcance de la mano como las puntas de flechas de nuestros antepasados, del mismo modo que esos venerables alerces que nacieron tres mil años antes que nosotros, y que nos sobrevi-virán. Porque hay gigantescos glaciares cuya azulada blancura enceguece, y bosques petrificados que enseñan que todo puede convertirse en piedra y vivir para siempre. Porque es uno de los contados sitios del mundo donde todavía hay mucho, mucho espacio para el misterio.

Pero estamos presentando este libro. Entonces está bien decir que *Patagonia, tres viajes al misterio* es un buen nombre, porque la soledad adopta muchas formas, y busca sus salidas, no todas sensatas. Y en la Patagonia, tan extensa y despoblada, es muy común la soledad. Porque en sus infinitas costas atlánticas hay espacio para lobos marinos, ballenas, pingüinos y tantos otros seres, y acaso entre ellos, algunos que no imaginamos nunca. Y que son capaces de despertar amor. Porque en la profundidad de los bosques andinos, donde los huemules se refugian de los hombres, pueden vivir toda clase de criaturas, desde esas que enseñan los libros hasta las que cuentan las leyendas. Y que saben hermanarse frente al peligro. Porque todos estos rasgos, en definitiva, son matices del misterio.

En estos tres paisajes patagónicos tienen lugar las historias que se narran en este, segundo libro de la editorial *Amauta* en su línea infantil y juvenil. La primera historia, *El maestro del terror*, de Franco Vaccarini (escritor premiado por el Fondo Nacional de las Artes, editado en el país y en México), cuenta las aventuras de un niño buscador de monstruos que, durante unas vacaciones con su familia, termina por toparse con uno real. La segunda, *El enigma de los rastros*, versión abreviada de un trabajo del *Grupo Periplos* (seis escritoras, entre las que se cuentan la premiada Angeles Durini y la reconocida Susana Cazenave), se sitúa en las costas de Puerto Madryn, donde una joven turista se enamora de un lugareño y es correspondida, pero hay algo en él que impide que la anécdota sea otra sencilla historia de amor. La tercera, *La rebelión de los ciervos*, de Mario Méndez (escritor publicado en el país, México, Chile, Uruguay y Puerto Rico; Premio Fantasía por *Cabo Fantasma*), es una saga de *El monstruo de las Frambuesas*. Esta novela, reeditada por *Amauta*, que ya cuenta con varias reimpressiones, narra la historia de un vendedor de frascos, una niña, su perro y Guillaumín de Fresquet. Guillaumín, tan alto como todos sus semejantes (treinta centímetros, milímetro más o menos), es uno de los protagonistas de esta nueva aventura, en la que los seres amenazados son los huemules, muchos de los cuales viven en el mismo bosque donde se oculta el pueblo de Gui: la aldea de Fram.

Jorge Grubissich

El maestro del terror

Franco Vaccarini

I

Un verano distinto

Este verano, cosa rara, los vecinos de la Península tenían miedo a causa de una extraña aparición que llamaban el Sombrerudo: un sujeto enmascarado y con sombrero que atacaba a los pobladores al caer la noche.

Gracias al Sombrerudo pasamos la primera tarde en la cabaña muy entretenidos, con toda mi familia –papá, mamá y mi hermanita Soledad–, recordando los monstruos que amenizaron otras vacaciones, como el esquivo y legendario Nahuelito, criatura que vive en las aguas del lago que rodea a la Península, el Nahuel Huapi. Cuando era chiquito –ahora tengo doce años, pero vengo a la Península desde que estaba en la panza de mamá– me impresionaba tanto la leyenda de Nahuelito que lloraba si papá se metía en el lago, lloraba mucho más si mamá se metía y me desmayaba de llanto si querían meterme a mí.

Un día que debió haber sido inolvidable, pero que no recuerdo, descubrí el placer de nadar en el agua fría, tan clara que se ven las piedras del fondo y los peces y nunca, ni de casualidad, algo parecido a un monstruo. Eso sí, lo mejor es mojarse todo de una vez, con decisión. Y no hacer como Soledad, que se moja un poquito los pies y empieza a poner caras de sufrimiento, como si estuviera congelándose.

Los vecinos aseguran que el lago tiene la energía de las montañas: es tan lindo quedarse al sol, mientras la fuerza de

las montañas nos abandona lentamente, tan lindo es que uno comprende a las iguanas y los gatos.

Así que me sumergía en el lago, pero no me olvidé del monstruo.

En un cuaderno de tapas amarillas, comencé a escribir un informe al que titulé: Buscando a Nahuelito.

En la primera página, planteaba algunas preguntas:

- 1- ¿Cómo había llegado al lago?
- 2- ¿Quiénes eran sus padres?
- 3- ¿Era siempre el mismo monstruo?
- 4- Si era siempre el mismo ¿era inmortal?
- 5- Si no era inmortal, ¿cómo se reproducía?
- 6- ¿Sería Nahuelito un tipo de criatura extraterrestre?
- 7- ¿Sería Nahuelito un científico marciano?

Para mi sorpresa, muy pronto iba a tener todas las respuestas.

II

Bestiario

Cuando llovía, me gustaba escuchar un programa de radio, se llamaba El tronador y lo conducía Paco Total, un locutor muy divertido, que había viajado por el mundo y le gustaba comentar al aire sus experiencias. En un viaje a China se enteró de que todas las hormigas de la tierra pesaban lo mismo que todos los hombres, cosa que, parece, tenía muy impresionados a los chinos. Algunos se habían ofendido y se formó un movimiento en contra de las hormigas, cada vez que veían una la aplastaban sin piedad.

Paco pasaba buena música y hacía bromas todo el tiempo. Pero un día cortó un tema por la mitad y anunció dramáticamente: «Atención, tenemos en línea a una señora que acaba de ver a Nahuelito». Y enseguida la señora salió al aire jurando que había visto al monstruo desde la ventana de su chalet con vista al lago. Dijo que era enorme y verde como una isla, que tenía el cuello largo y la cabeza chiquita. En contra de su costumbre, Paco Total no hizo ningún chiste; por el contrario, confesó que él también había visto a Nahuelito. Y se puso a explicar que todos los lagos del mundo están unidos por un río subterráneo: por ese río los monstruos se desplazan, se conocen, se ponen de novios y así nacen nuevos monstruos. Con toda seriedad, agregó que podrían ser seres de otro planeta, también, que necesitan vivir en el agua. ¡Había respondido a

varias de mis preguntas! Emocionado, por un rato no hice más que sentir como se disolvían mis dudas. Después que reaccioné, ya no era el mismo. Me convertí en uno más de los que hablan de Nahuelito con naturalidad, como si fuera un amigo raro que todos tenemos al lado del jardín, un amigo con cuello y cabeza de serpiente, gordo y verde como un ogro.

Desde entonces me gusta pensar que los monstruos existen, que los marcianos visitan la Tierra. Me encantaría subirme a un plato volador y conocer otro mundo y después contar en la escuela como viven los marcianos.

A papá le gustó ese cambio y me contó que un buen lago, en Escocia o Manchuria, en Canadá o la Patagonia, debe tener monstruo propio, eso lo hace más interesante. Así que ahora yo también creo en Nahuelito y hasta puedo elaborar mis propias teorías para justificar su existencia, por ejemplo: se deja ver tan poco porque está convencido de que los seres humanos son leyendas fantasiosas, cuentos que los monstruos inventan en sus ratos libres: la Tierra, para ellos, es sólo una orilla arbolada. No obstante, de vez en cuando alguno les dice a los otros, en las profundidades del río que recorre el mundo: ¡Vi a un humano, les juro que existen los humanos! Y los otros lo miran con monstruosa displicencia. Bueno, esa es una de mis teorías: ¿para qué los monstruos van a asomar la cabeza por la superficie del agua si la vida está allá abajo, entre las algas y los peces y las burbujas de oxígeno? Los humanos, las casas, los autos, las ciudades no son más que una brumosa leyenda, en la superficie sólo existe el lago del cielo –adonde van las almas de los monstruos muertos– y una bola de fuego y esos árboles en la orilla que marcan el límite entre el lago y la Nada.

Pero además de Nahuelito, recordamos –gracias al Sombrerudo– a otros monstruos, más familiares: el Aguatierra,

una especie de vaca anfibia, una mezcla de tan mal gusto como la del ornitorrinco (que es una combinación de pato, marmota y castor). Al Aguatierra le gusta tirarse al sol a dormir la siesta, en las playitas más solitarias. Si alguien lo ve, corre desesperado hasta perderse de vista o se zambulle en el lago, es muy poco sociable.

También está Doña Iracunda, una mujer de 180 kilogramos de peso repartidos en un cuerpo de gladiadora. Ella espera en los recovecos del bosque, con un martillo en la mano, a que aparezca un hombre. Doña Iracunda, monstruo extraño si los hay, obliga a su víctima a beber cerveza y le echa unas gotas de perfume en la ropa, bajo la amenaza de romperle los huesos del cráneo de un martillazo si se resiste. Por eso estos pobres vecinos llegan a sus hogares oliendo a perfume femenino y alcohol, cosa que provoca sospechas en sus esposas. Eso es lo que desea Doña Iracunda: crear desconfianza entre marido y mujer. Cada vez que logra su objetivo engorda un poco más, porque se nutre de los celos –al menos eso dicen los maridos que llegan tarde a su casa–.